

27.

Sobre la lección.

(Enseñar y aprender en la amistad y la libertad)¹.

El que consintió en leer, consentirá en reescribir a lo que leyó.

Ovidio.

Hay veces que la aventura de la palabra se da en un leer en público. En tales ocasiones, y especialmente cuando ese leer en público tiene su lugar en un aula, solemos decir que se trata de una lección. Lección, lectio, lectura. Una lección es una lectura y, a la vez, una convocatoria a la lectura, una llamada a la lectura. Una lección es la lectura y el comentario público de un texto cuya función es abrir el texto a una lectura común. Por eso el comienzo de la lección es abrir el libro en un abrir que es a la vez un convocar. Y lo que se pide a los que, en el abrirse del libro, son llamados a la lectura no es sino la disposición a entrar en lo que ha sido abierto. El texto, ya abierto, recibe a los que convoca, ofrece hospitalidad. Los lectores, ya dispuestos a la lectura, acogen el libro en la medida en que esperan y atienden. Hospitalidad del libro y disponibilidad de los lectores. Mutua entrega: condición de un doble devenir.

Una lección es ese acto de leer en público que está explícitamente implicado o complicado en un enseñar y en un aprender. En la lección, la lectura se arriesga en el enseñar y el aprender. O, de otro modo, el enseñar y el aprender se dan, se juegan, en la lectura. Por eso una lectura "da juego" cuando permite que el enseñar y el aprender se jueguen en ella.

De lo que se trata aquí es de plantear la experiencia de la lectura en común como uno de los juegos posibles del enseñar y el aprender. Y, a la vez, plantear qué tiene que ver ese juego con la experiencia de la libertad, con esa curiosa relación de uno consigo mismo a la que llamamos libertad, y con la experiencia de la amistad, con esa curiosa forma de comunidad con otros que llamamos amistad. Y eso porque la experiencia de la lectura, cuando está complicada con el enseñar y el aprender, implica la relación a sí mismo y la relación a los otros. Pero el problema de la lección en su complicación con el enseñar y el aprender y en su implicación con la amistad y la libertad no es el de cómo leer bien, sino el de cómo leer de verdad o, si se quiere, el de cómo una lección puede ser un verdadera lectura, un verdadero aprendizaje en la amistad y en la libertad.

El enseñar y el aprender.

El profesor, el que da a leer el texto, el que da el texto como un don en ese gesto de abrir el libro y de convocar a la lectura, es el que envía el texto. El profesor se-lecciona un texto para la lección y, al abrirlo, lo envía. Como un regalo, como una carta.

Igual que el que envía un regalo o una carta, el profesor siempre está un poco inquieto por si su regalo será aceptado, por si su carta será bien recibida y merecedora de alguna respuesta. Puesto que sólo se regala lo que se ama, al profesor le gustaría que su amor fuera también amado por aquellos a los que se lo envía. Y puesto que una carta es como una parte de uno mismo que uno envía a los que ama esperando respuesta, al profesor le gustaría que esa parte de sí mismo que da a leer despertara también el amor de los que van a recibirlo y suscitara sus respuestas.

Pero el envío del profesor no significa dar lo que se debe leer, sino "dar lo que se debe: leer". Leer no es un deber en el sentido de una obligación sino en el sentido de una deuda o de una tarea. Y es una deuda y una tarea, la deuda y la tarea de la lectura, lo que el profesor da

¹ Quizá todo texto no sea sino reescritura. Éste fue dedicado a los alumnos y alumnas de Filosofía de la Educación de la Universidad de Barcelona del curso 1996/97 y fue escrito bajo el influjo de la lectura del libro de A. Gabilondo Trazos del eros. Sobre leer, hablar y escribir (Madrid, Tecnos 1997). A ambas condiciones de escritura se debe, no sólo el ton del texto, sino también abundantes préstamos del libro de Gabilondo. Valga esta nota como reconocimiento a esa amistad.

cuando envía el texto. Una deuda es la responsabilidad que tenemos para con aquello que nos ha sido dado o enviado. Una tarea es algo que nos pone en movimiento. Por eso dar el texto es ofrecerlo como un don y, en ese mismo ofrecimiento, abrir una deuda y una tarea, la deuda y la tarea de la lectura, la deuda que sólo se salda asumiendo la responsabilidad de la lectura, la tarea que sólo se cumple en el movimiento de leer.

El profesor, el que da la lección, es también el que se entrega en la lección. Primero se entrega en su e-lección, después en su envío, a continuación en su lectura.

El profesor, cuando da la lección, empieza a leer. Y su leer es un hablar escuchando. El profesor lee oyendo hacia el texto como lo común, lo comunicado y lo compartido. Y lee también oyendo hacia sí mismo y hacia los otros. El profesor lee escuchando el texto, escuchándose a sí mismo mientras lee, y escuchando el silencio de aquellos con los que se encuentra leyendo. La calidad de su lectura dependerá de la calidad de esas tres escuchas. Porque el profesor le presta su voz al texto, y esa voz que le presta es también su propia voz, y esa voz ya definitivamente doble resuena como voz común en unos silencios que se la devuelven a la vez comunicada, multiplicada y transformada.

Porque si es una la cara exterior del texto, la que podríamos llamar "lo dicho del texto", aquella que contiene su significado dado, fijado, literal, más o menos transparente e idealmente homogéneo para todos los lectores, su cara interior es necesariamente múltiple. Y así el profesor, cuando lee el texto, lo lee a la vez hacia afuera, hacia adentro y hacia los oyentes. Hacia afuera porque el profesor pronuncia para sí mismo y para los demás eso que el texto dice. Hacia adentro porque el profesor dice el texto con su propia voz, con su propia lengua, con sus propias palabras, y ese redoblar del texto hace que las palabras que lo componen le suenen, le sepan o le digan de un modo singular y propio. Hacia los oyentes, porque el profesor dice el texto en el interior de algo común, de lo que podríamos llamar su "sentido común", aquello que los oyentes sienten en común cuando atienden a lo mismo y que no es otra cosa que la experiencia de la pluralidad y del infinito del sentido. Por eso, en su lectura, el profesor lee el texto literalmente, y a la vez con sus propias palabras, y al mismo tiempo atendiendo al silencio entre las palabras, al blanco entre las letras, a los márgenes de las páginas.

Elementos de la lección: el texto, la voz del profesor, y ese silencio que es de todos y de nadie, es decir, del lenguaje mismo en su multiplicidad y en su infinito, es decir, común.

En la lección, decía, los alumnos son convocados a un texto, llamados a un texto. A través de esa convocatoria, los alumnos son situados en lo que se viene diciendo, en ese venir presente en la lectura de lo que ya se dijo, en esa presencia de lo ya dicho, de lo que ya otros dijeron pero que, en cuanto texto públicamente pronunciado, viene diciéndose cada vez de nuevo.

El texto al que los alumnos son convocados es el flujo de lo que viene diciéndose o, mejor, de "lo que diciéndose viene". Siempre lo mismo, pero siempre cada vez. Por eso leer es recoger lo que se viene diciendo para que continúe diciéndose otra vez (que es otra vez la misma y cada vez otra) como siempre se dijo y como nunca se dijo, en una repetición que es diferencia y en una diferencia que es repetición.

En el leer de la lección no se buscan respuestas. Lo que se busca es la pregunta a la que los textos responden. O, mejor, la pregunta que los textos albergan en su interior al intentar responderla: la pregunta de la que los textos se hacen responsables. Por eso la única respuesta que puede buscarse en la lectura es la responsabilidad por la pregunta. Si el leer en común es una co-rresponsabilidad en el texto, esa correspondencia sólo puede ser co-rresponsabilidad en la pregunta de la que el texto es ya el primer responsable. Por eso la lección no zanja la cuestión, sino que la re-abre, la re-pone y la re-activa en la medida en que nos pide co-rresponsabilidad. Y hay modos de hablar, modos de dar la lección, que impiden corresponder. Por ejemplo, el modo de hablar de quien ya sabe de antemano lo que el texto dice o el modo de hablar del que, una vez ha dicho lo que el texto dice, da por zanjada la cuestión.

En el leer de la lección no se busca lo que el texto sabe sino lo que el texto piensa. Es decir, lo que al texto le da que pensar. Por eso, después de la lectura, lo importante no es lo que

nosotros sepamos del texto o lo que nosotros pensemos del texto sino lo que con el texto o contra el texto o a partir del texto nosotros seamos capaces de pensar.

Lo que se debe leer en la lección no es lo que el texto dice sino lo que le da que decir. Por eso el leer de la lección es escuchar, más allá de lo que el texto dice, lo que el texto alberga como lo que le da que decir. Leer no es apropiarse de lo dicho sino recogerse en la intimidad de lo que le da que decir a lo dicho. Y demorarse en ello. Entrar en el texto es morar y demorarse en lo no dicho de lo dicho. Por eso leer es traer lo dicho a la proximidad de lo que queda por decir, traer lo pensado a la proximidad de lo que queda por pensar, traer lo respondido a la proximidad de lo que queda por preguntar.

El objetivo de la lección no es quedar terminados por la asimilación de lo dicho ni quedar determinados por el aprendizaje dogmático de lo que hay que decir, sino in-de-terminar aquello que da que decir, aquello que queda por decir. In-de-terminar es no terminar y no de-terminar. Por eso leer es recogerse en la indeterminación del decir: que no haya un final ni una ley para el decir, que el decir no se termine ni se determine.

Lo que le da que decir al texto es algo que se dice de muchas maneras. Por eso lo dicho del texto reactiva el decir, los decires. Entonces, el recogerse en lo que al texto le da que decir, el hacerse cargo de ello, el responsabilizarse de ello, es ponerse en los caminos que abre. Por eso, en la lección, la acción de leer desbordar el texto y lo abre hacia el infinito. Por eso reiterar la lectura es re-itinerar el texto, en-caminarlo y en-caminarse con él hacia el infinito de los caminos que el texto abre.

En la amistad.

La lección es convocatoria en torno al texto: congregación de lectores. Y así, en la lección, el texto se convierte en palabra emplazada, en palabra colocada en la plaza, en el lugar público, en el lugar que ocupa el centro para simbolizar lo que es de todos y no es de nadie, lo que es común. Y en la plaza, en cuanto palabra emplazada, el texto nos emplaza: por el texto cada uno está emplazado en lo común, emplazado por lo común.

Por eso la lección es un leer público que exige un cierto verse cara a cara, una presencia pública del cuerpo, un ofrecimiento público del cuerpo, a veces hablando y a veces en silencio, pero siempre en relación a algo común, a algo hacia lo que todos los ojos y todos los oídos tienden, a-tienden. El cuerpo emplazado del lector es atento, concentrado, parlante o en silencio, pero siempre tenso y en suspenso, suspendido.

En torno al texto como palabra emplazada, cuando el texto es de verdad algo que cabe llamar común, se articula una forma particular de comunidad, una forma particular de estar emplazados por lo común. Y esa forma es una amistad, una *philia*, una unidad que soporta y preserva la diferencia, un nosotros que no es sino la amistad de singularidades posibles. El común del texto es así comunidad de diferencias o, estrictamente, una conversación. Pero una conversación que tiene también su cara silenciosa, reflexiva, solitaria. Emplazados por lo común del texto, los que asisten a la lección leen en silencio, cada uno para sí mismo y a la vez con todos los demás.

Por eso el aprender de la lectura no es la transmisión de lo que hay que saber, de lo que hay que pensar, de lo que hay que responder, de lo que hay que decir o de lo que hay que hacer, sino la co-(i)mplicación cómplice en el aprender de quienes se encuentran en lo común. Y lo común no es otra cosa que lo que da que pensar para pensarse de muchas maneras, lo que da que preguntar para preguntarse de muchas maneras y lo que da que decir para decirse de muchas maneras. La lectura nos trae lo común del aprender en tanto que ese común no es sino el silencio o el espacio en blanco donde se despliegan las diferencias.

Leer con otros: desplegar los signos en lo heterogéneo, multiplicar sus resonancias, pluralizar sus sentidos. Frente a la homogeneidad del saber que aplasta la diferencia, la heterogeneidad del aprender que produce diferencia. Por eso la amistad del leer con, se implica en la amistad del aprender con, en el en-con-trarse del aprender. Y, en este caso, el aprender no es sólo un medio para el saber. Leer no es el instrumento o el acceso a la homogeneidad del saber sino

el movimiento de la pluralidad del aprender. Darse como texto a ser leído por muchos (y no como doctrina a ser asimilada) es ofrecerse como apertura hacia lo múltiple. Y responder, leyendo con otros, al texto es hacerse cargo de algo común y constituir una comunidad que no es la del consenso sino la de la amistad. Porque ese algo común que congrega a los lectores está, ya de entrada, dividido en sí mismo, esparcido, desparramado, diseminado, pluralizado, heterogeneizado.

Amistad de lectores: participación en lo común del texto como aquello que diferencia. Pero en una diferencia que no es referible a ninguna totalidad, que no es reductible a unidad, a integración o a síntesis de lo diverso. Por eso la comunidad de los convocados a la lección tiene su ser en la dispersión y en la discontinuidad, en la divergencia, en la disimilitud, en la distinción y en el disenso. Comunidad de los que no tienen en común sino el espacio que hace posible sus diferencias. Comunidad cuyos miembros no se conjugan nunca en común aunque no dejan de resonar juntos. Relación refractaria a la síntesis, alérgica a la totalización, resistente a la generalización. Relación en el texto como lo que separa sin re-unir.

En la lección el texto comunica. Pero el comunicar del texto no es la elaboración de lo común, sino el establecimiento de un entre en el que los lectores se separan y se dispersan de un modo no totalizable, en una relación pluralizadora. El comunicar del texto, su ser-en-común, es el espaciamento que hace posible lo heterogéneo. El texto común es el texto en el que los lectores participan, es el texto com-partido entre los lectores, lo que los lectores com-parten, lo que lo que los parte en común, lo que no se com-parte sino como partición y re-partición.

Por eso los lectores no tienen en común sino el com-parecer juntos ante la disolución o la desintegración de lo común como lo que los une y ante la aparición de lo común como lo que los divide.

La comunidad que crea la lección es la amistad cómplice de quienes han sido mordidos por un mismo veneno. Habría que recordar aquí a Alcibíades al entrar en el Banquete y al tomar la palabra convertido ya en miembro de la asamblea: *"también me domina a mí eso que le pasa al que ha sido picado por una víbora. Dicen en efecto que el que ha pasado por esto alguna vez no quiere contar a nadie cómo fue, salvo a los que han sido mordidos también, en la idea de que son los únicos que le van a comprender y a mostrar indulgencia, si se atrevió a hacer o a decir cualquier cosa bajo los efectos del dolor. Pues bien, yo he sido picado por algo que causa todavía más dolor, y eso en la parte más sensible al dolor de las que uno podría ser picado: el corazón o el alma o como se deba llamar eso. Ahí he recibido la herida y el mordisco de los discursos filosóficos, que son más crueles que una víbora, cuando se apoderan de un alma joven no exenta de dotes naturales y la obliga a hacer o a decir cualquier cosa. Además, estoy viendo a esos Fedros, a esos Agatones, Erixímacos, Pausanias, Aristodemos y Aristófanes, por no decir al mismo Sócrates y al resto de vosotros, pues todos participáis de la manía del filósofo y de su delirio báquico. Por eso precisamente todos me vais a oír..."*.

La amistad es haber sido mordidos y heridos por lo mismo, haber sido inquietados por lo mismo. Por eso no podrá entrar en la comunidad cómplice de los lectores el que no haya sentido la mordida del texto. Y también por eso, el que haya sido mordido, no querrá hablar con nadie que no haya pasado por lo mismo que él. Y si la condición del profesor es que haya sido ya mordido, ¿no será eso, la complicidad de los mordidos, de los envenenados, de los que comparten la misma manía y el mismo delirio, lo que el profesor busca en la lección?

En la libertad.

La libertad que da la lección es la libertad de tomar la palabra. Por eso la acción del texto es el texto por venir, la acción de lo dicho es la palabra por venir: la palabra del por-venir. En virtud de nuestra dis-posición en lo que viene diciéndose o en lo que diciéndose viene, estamos abiertos al por-venir del decir. Por eso el tomar la palabra es la ruptura de lo dicho y la transgresión del decir en tanto que limitado e institucionalizado, en tanto que decir como está mandado. Sólo la ruptura de lo ya dicho y del decir como está mandado hace que el lenguaje hable, nos deja hablar, nos deja pronunciar nuestra propia palabra.

La amistad de la lectura no está en mirarse uno a otro, sino en mirar todos en la misma dirección. Y en ver cosas distintas. La libertad de la lectura está en ver lo que no ha sido visto ni pre-visto. Y en decirlo.

Pero para que esa libertad sea posible es preciso entregarse al texto, dejarse inquietar por él, y perderse en él. La libertad sólo es aquí generosidad. No apropiación del texto para nuestros propios fines, sino desapropiación de nosotros mismos en el texto. Porque la palabra que el texto da para que la tomemos, sólo es dada al precio de la suspensión de nuestro querer decir, de nuestras intenciones, de nuestra voluntad. Porque la palabra que se toma no se toma porque se sabe, sino porque se quiere, porque se desea, porque se ama. Al tomar la palabra no se sabe lo que se quiere decir. Pero se sabe lo que se quiere: decir. Un decir en el que la libertad al mismo tiempo se afirma y se abandona: se afirma abandonándose, se abandona afirmándose.

La palabra que se toma no es una palabra que se pueda tener o de la que uno pueda apropiarse, sino que es más bien una palabra que viene o que adviene cuando uno se abandona a la palabra, cuando uno se coloca en disposición de escuchar la palabra que viene. La palabra que se toma es imprevista e imprevisible, escapa a cualquier voluntad y a cualquier dominio, es siempre sorprendente, siempre nos sorprende. Por eso la libertad de tomar la palabra no debe ser entendida como poder o como propiedad sino como una apertura hacia lo nuevo y hacia lo desconocido.

El leer de la lección se convierte en un hablar y, a veces, en un escribir. Aprender a leer es aprender a escribir. Aprender leyendo y aprender escribiendo. Porque a través de la lectura, la escritura libera un espacio más allá de lo escrito, un espacio para escribir. Leer es llevar el texto a su extremo, a su límite, al blanco donde se abre la posibilidad de escribir. El texto no da nada, sino la posibilidad de escribir. Y por eso el aprender de la lectura da a veces la impresión de que no se ha aprendido nada. Si el enseñar es dar un saber ya elaborado, el que enseña a leer no da nada porque el texto no da nada que, como el saber, pueda ser almacenado y apropiado. El texto sólo deja escribir.

Enseñar a leer es producir ese dejar escribir, la posibilidad de nuevas palabras, de palabras no pre-escritas. Porque dejar escribir no es sólo permitir escribir, dar permiso para escribir, sino extender y ensanchar lo escribible, prolongar lo escribible. La lectura deviene así, en el escribir, una tarea abierta en la que los textos leídos son despedazados, recortados, citados, in-citados y ex-citados, traídos y llevados, entremezclados con otras letras, con otras palabras. Los textos son entretejidos en otros textos. Por eso el diálogo de la lectura tiene la forma de un tejido que constantemente se desteje y se reteje, es decir, de un texto múltiple e infinito.

Reanudar la lectura es re-anudar el texto, hacer que la obra obre, hacer que el texto teja, tejer nuevos nudos, enmarañar nuevamente los signos, producir nuevas tramas, escribir de nuevo... o de nuevo: escribir.